

Excelentísimas e Ilustrísimas autoridades,
Señorías claustrales,
Miembros de la Comunidad Universitaria,
Señoras y Señores:

Hemos sido convocados hoy para participar en uno de los actos más solemnes de la Institución: la investidura de un nuevo Doctor Honoris Causa. Y una vez más, fiel a nuestro compromiso, otorgamos esa alta distinción a quien ha destacado, y lo sigue haciendo, en los fines consustanciales con la Universidad: la promoción del conocimiento y la difusión del saber, únicos méritos que reconocemos y valoramos para recibirlo como Doctor en nuestra comunidad.

Hablamos ahora, se habló en el pasado y se hará en el futuro, de crisis en la Universidad, consecuencia lógica, ineludible y yo diría saludable, exigida por su propia actitud y posición como avanzada del progreso y siempre en la frontera del nuevo conocimiento y el desarrollo de la humanidad.

Pero aun cuando, por todo esto, no sea una situación preocupante la actual, sí puede ser oportuno en actos solemnes como el de hoy reflexionar sobre el significado en nuestro tiempo de la Universidad, de los principios y valores del magisterio universitario y, finalmente, de la vigencia o no de los conceptos anteriores, tanto en el presente como en la previsión del futuro.

Ya Alfonso X El Sabio definió nuestra Institución "como ayuntamiento de maestros y escolares", unión que tenía como fines un avance del conocimiento y una difusión de la Ciencia, objetivos inexcusables para procurar el rápido desarrollo de la humanidad, logrando configurar sociedades alta y justamente organizadas.

Creo que no es necesaria argumentación alguna para asegurar que los principios y fines que alumbraron la Universidad en sus orígenes, tienen hoy en día la misma vigencia que tuvieron en el pasado y ello porque el significado y función de nuestra Institución va indisolublemente unido a cualquier sociedad civilizada. Así en el transcurso de la historia hemos asistido a muy variadas formas de organización política, extremadamente diferenciadas en función de la situación geográfica y del tiempo, la historia ha sido también mudo testigo de la aparición y olvido de muchas entidades que tuvieron su significado en un momento determinado, para abordar un problema específico de una época o lugar, pero que dejaron de tener eficacia una vez superada la coyunturalidad que motivó su aparición.

Sin embargo podemos afirmar, sin reservas de ningún tipo, que jamás hubo sociedad civilizada que no contara con una Universidad, verdadero estímulo y soporte de su progreso, depositaria del conocimiento acumulado y responsable último del desarrollo social.

Por eso, para todos cuantos universitarios estamos convencidos de esta superior importancia, resulta extenuante la necesidad de reclamar una y otra vez mayor atención hacia nuestra Institución, que debe ser constatable en unos más altos recursos económicos, y también en un interés social que refleje el convencimiento sobre la insustituible misión de la Universidad.

Pero nuestro estupor crece cuando a pesar de nuestras reiteradas peticiones, seguimos en una situación de precariedad material y escuchamos en muchas ocasiones con indignación, sólo contenida por la tolerancia que impronta la propia Institución, críticas sin fundamento basadas en tópicos, mantenidos por personas que nos desconocen y, en gran número de casos, no han pisado jamás las Aulas universitarias.

Y una vez más hay que reclamar, con serenidad, pero con absoluta firmeza, la necesidad de estímulo a la Universidad, no como expresión egoísta de aquellos que formamos parte activa de la misma, sino como consecuencia del conocimiento de que no cabe progreso y no puede haber un futuro de esperanza, sin contar con unas Universidades modélicas, aunque no podemos ignorar que algunos sectores pueden sentirse confundidos por el significado de la Institución, al contemplar esa profusión de rudimentarias y ligeras iniciativas que se autotitulan Universidad, adjetivadas pintorescamente por los más dispares calificativos.

Ahí sí cabe asumir nuestra responsabilidad en hacer comprender a todos los colectivos sociales la misión trascendente, la necesidad inexcusable y la verdadera altura de fines de la auténtica Universidad, única en verdad, y que no admite necesidad de explicaciones que prueben su legitimidad.

Cuando se han tomado importantes iniciativas recogidas en la Carta Magna de las Universidades Europeas, propiciadas por todas ellas, no es posible resignarnos en nuestro país, en los umbrales del siglo XXI, con un derrotista "que sigan inventando ellos", pues nuestra participación, por derecho propio, en la Comunidad Europea, nos obliga a que se tomen una serie de medidas políticas incentivadoras de la inversión, tanto pública como privada, en las Universidades, que nos permitan colocarnos en esa mágica fecha de 1992, con un nivel de igualdad y competencia al del resto de las Universidades de nuestro Continente, posibilitando, de este modo, participar en el ambicioso proyecto de plena movilidad para estudiantes y Profesores en un Campus Europeo, sin sufrir las humillantes vejaciones que suscitaría el desequilibrio de medios y nivel científico, en relación con las otras naciones participantes.

Para conseguir estos objetivos inalienables con la Universidad, no es suficiente con ser necesario, el apoyo de nuestro entorno, pues hace falta la pieza fundamental que engarza y coordina todo el sistema: el maestro universitario. No podemos ocultar que las nuevas formas de convivencia y sobre todo un legítimo, pero quizás no regulado, creciente interés de la sociedad por alcanzar un elevado nivel de conocimiento, han introducido desfases, desajustes y, sobre todo, un replanteamiento en la interrelación discípulo-maestro sin que las virtudes que deben formar a este último, para poder considerarse auténtico y real soporte de la Universidad, hayan sido modificadas manteniéndose con idéntica exigencia que siglos atrás.

Un maestro debe poseer un profundo saber basado no sólo en una vasta cultura, sino forjado en el incesante esfuerzo en la búsqueda de nuevos conocimientos.

Pero con ser su formación científica importante, de nada serviría si no fuese capaz de transmitir un interés por su disciplina, ilusionando a sus alumnos en la profundización a través del estudio, haciendo prender en su ánimo el espíritu de la vocación por el saber, la voluntad de progreso y la actitud crítica en relación a lo enseñado.

En el auténtico y eficaz método pedagógico es fundamental que el alumno aprenda a razonar, o sea, adquiera el arte de utilizar los conocimientos. Siempre deberá prevalecer esta orientación de tipo eminentemente formativo que la otra de mayor concreción, como es la mera transmisión de unos conocimientos específicos.

Debido al enorme desarrollo tecnológico de los últimos tiempos, la Sociedad ha exigido y preferido incorporar personal especializado para poner en marcha y perfeccionar las diferentes aplicaciones de la técnica. Sin embargo, a largo plazo, esta postura no resulta aconsejable, pues el progreso requiere una adecuada formación integral y un conocimiento de los aspectos más fundamentales de otras disciplinas laterales a la propia especialidad. Se impone pues, una revisión de esa tendencia a la excesiva especialización para conseguir una provechosa visión de conjunto.

Además las características de la labor educativa, a nivel universitario, exigen plantear la actividad docente como una empresa común entre profesores y alumnos. Ello supondrá enfocar las actividades respectivas de forma que en todo momento se persigan objetivos comunes. Para ello es indispensable establecer una auténtica vía dinámica de comunicación profesor-alumno, de forma que se efectúe el trasvase deseado de conocimientos, ideas, métodos de trabajo e incluso virtudes humanas en ambos sentidos, malo será que el profesor se sitúe en un plano donde no pueda llegar eficazmente a los alumnos, no sólo para impartir sus enseñanzas, sino también para recibirlas y aceptar de buen grado la crítica constructiva.

Finalmente, si como hemos dicho, la Universidad debe jugar un papel destacado en la tarea de investigación, se comprende a la vista de estas reflexiones, las palabras de Bertrand Russell "Todo profesor de Universidad debe ser investigador y disponer de energía y tiempo suficientes para saber lo que se ha hecho acerca de su especialidad en todos los países. En la enseñanza universitaria ya no sólo es importante la aptitud pedagógica, sino también el dominio de una especialidad y el conocimiento de lo que se ha hecho acerca de ella".

Sin embargo, este perfil, que podríamos adjetivar de profesional, no es sólo lo que configura a un auténtico maestro, en el más noble sentido de la palabra, pues para ello, él debe tener autoridad no fruto del temor o la estructura jerárquica, sino basada en el respeto que debe inspirar, tanto científica como humanamente.

Debe erigirse en modelo de comportamiento que sirva de punto de referencia entre sus discípulos manteniendo vivas las intrínsecas características del universitario: la tolerancia, el espíritu crítico y el compromiso con su época.

Si algo destaca como permanente en el ser universitario es su espíritu tolerante que propicia el diálogo y la discrepancia intelectual como desafío racional en vez de violento y visceral enfrentamiento. Sólo los lúcidos pueden ser tolerantes porque son conscientes de sus propias limitaciones y buscan en la dialéctica y el contraste de pareceres la propia superación de sus condicionantes. Y es precisamente por esto por lo que el maestro debe cultivar la tolerancia como esencia misma del ser universitario y como blasón distintivo de su posición.

Esta actitud de transigencia es la que debe hacer florecer el espíritu crítico, pues sólo el conocimiento determinado por la duda merece ser llamado desinteresado. Distinguimos al sabio del mediocre porque cree menos cosas, varía menos frecuentemente de creencias y, sobre todo, cree con menos dogmatismo.

Es ese ánimo de duda reflexiva lo que debe transmitirse al discípulo alejándolo de una impresión de inmutabilidad de la Ciencia y estimulándole para que cuestione éticamente, en cada momento, los pilares fundamentales del conocimiento como ejercicio metódico de educación intelectual.

Como conclusión de esa actitud vital debe darse un compromiso valiente e independiente con la sociedad y con los problemas de su tiempo, privándose de la comodidad del silencio aun cuando no hacerlo le exija sacrificios personales.

Al maestro universitario le cabe el orgullo de saber que todos cuantos le antecedieron supieron mantener viva la voz de la denuncia incluso en momentos en donde la irracionalidad de la fuerza y la opresión intentaban apagar la manifestación de la inteligencia.

Sólo él, cuando es auténtico, conoce su compromiso moral que, como intelectual, le obliga a señalar los defectos sociales a sabiendas de la incómoda y, frecuentemente, peligrosa situación a que le conduce su actitud.

Pero es reconfortante comprobar que en oscuros tiempos de la historia donde prevaleció la intransigencia y la sinrazón de la fuerza siempre se encontró, en la Universidad, una luz, por débil que fuera, que alumbró a la Humanidad en su camino de progreso.

Estoy seguro que esta figura del maestro universitario no se perderá ni tan siquiera se convertirá en algo tan inusual que cuando se conozca a alguien a quien verdaderamente se puede considerar como tal debamos preguntarnos si no somos víctimas de un deslumbramiento.

Hoy podemos sentir el orgullo de recibir en nuestra Universidad a un auténtico maestro: el Prof. ALBALADEJO.

Porque Vd. profesor, ha sabido despertar la vocación y el cariño refrendado por esa multitud de discípulos que con brillantez y fecundidad han seguido su ejemplo de vivir en el servicio a la Universidad.

Porque Vd. profesor, ha demostrado su insaciable capacidad de curiosidad científica en la búsqueda de nuevos conocimientos plasmados en su ingente y admirable obra de aportación científica.

Porque Vd., Prof. ALBALADEJO, ha sido referente de comportamiento univesitario, dejando una huella en el recuerdo de cariño y respeto que ha despertado por cuantas Universidades ha pasado.

Y esa profundidad profesional la acompañó de encanto, de amenidad, de vocación.

Se dice que podemos imaginarlo todo, predecirlo todo, salvo hasta donde llega la voluntad y el tesón de hombres como Vd., orgullo y ejemplo de constancia, pues si como decía Emile Cioran "para engañar a la melancolía hay que moverse sin tregua, pues en cuanto nos detenemos, ella se despierta", Vd. ha sabido con su vitalidad y entusiasmo, nunca mitigado, vencer el escepticismo e inculcar la satisfacción de la obra bien hecha a cuantos han tenido la fortuna de considerarse sus discípulos.

Cuando tantos hombres gastan su vida en la fragilidad de la palabra, no podemos dejar de sentir una gran admiración por alguien como Vd., que tan magistralmente tradujo sus ideas y convicciones en actos y obras.

Por eso, Prof. ALBALADEJO, entenderá mis palabras impregnadas de un sincero orgullo al pronunciar la gratulatoria de hoy y recibirlo como un miembro más de la Universidad de Córdoba, pues al hacerlo no solamente reconocemos, en un acto de estricta justicia, su valía científica y

sus servicios a la Institución, sino también sabemos que contamos, desde ahora, con su estímulo y colaboración para mejorarnos en el futuro.

Permítame Prof. ALBALADEJO, que como síntesis de nuestro ánimo, resuma la actitud presente y futura de la Universidad de Córdoba hacia Vd., con unos versos de Roger Garaudi:

*Nada antes de tu nacimiento
y nada después de tu muerte.
Y sobre el hilo tendido entre la matriz y la tumba,
la ilusión del yo
y el amor que te libero.
Nosotros te recordamos
en cada piedra
en cada rama
en cada signo de nuestra Universidad.*

Nada más y muchas gracias.